

1844 últimas ramificaciones de los Andes, que más tarde habrá que atravesar. Aquí comenzó ya á resentirse la salud de los misioneros: diez de ellos cayeron enfermos de calenturas, tributo que con pocas excepciones tenían que pagar en aquellos tiempos todos los navegantes del Magdalena, debido no tanto á la insalubridad del clima, como á lo prolongado de la navegación, á tener que pernoctar á la inclemencia en lugares húmedos y respirando los miasmas de los pantanos que en las grandes crecientes deja el río á una y otra ribera, y de la vegetación podrida. Fácil es de concebir los padecimientos de los pobres enfermos en tales circunstancias, sin más auxilio que la amorosa solicitud de los pocos que quedaban en pié, los cuales por no poder más, se limitaban á suministrarles algunas medicinas caseras. Así tuvieron que continuar por más de dos semanas hasta llegar á un desembarcadero llamado La vuelta de la Madre de Dios.

12.—Santa muerte del P. José Tellez.

12)—El Ilmo. Sr. Mosquera, sábio y celosísimo Arzobispo de Bogotá, que había sido gran parte en la venida de los Padres, tenía ya aprestadas caballerías y todo el ajuar de viaje que se necesita en aquellos países para montar á caballo; mas de los diez enfermos, solamente tres estaban en disposición de arrostrar aquellas fatigas. Fué, pues, necesario que los más debilitados por las fiebres y aun no libres de ellas se dirigieran á la próxima ciudad de Honda, donde con los recursos de médicos y medicinas y más que todo con el cambio de vida y de alimentación convalecieron todos en poco tiempo, menos el P. Tellez.

Eran aquellos misioneros las primicias del apostolado que la Compañía de Jesus iba á restablecer en las vastísimas regiones regadas tiempos atrás con los sudores y la sangre de sus hijos: eran la vanguardia de las falanges que la Iglesia enviaba á luchar contra los errores modernos, dominadores inícuos lo mismo

de la América que de la Europa: eran los padres de una generación de héroes destinados á luchar en defensa de la soberanía de Jesucristo sobre los pueblos americanos: la empresa era grandiosa, y dejaba entrever grandes triunfos para la gloria de Dios, si se llevaba á feliz término. Así debió comprenderlo con su alto espíritu el P. José Tellez, cuando se resolvió á ofrecer á Dios su vida por el buen resultado de aquella misión. Aceptó sin duda el Señor su sacrificio, porque mientras sus compañeros recobraban á toda prisa la salud perdida, él se agravaba violentamente. En efecto, la fiebre le atacó al cerebro y en tres ó cuatro días le arrebató la vida el 6 de Junio, á los cinco meses de su salida de Europa.

13)—La vida de este ilustre Jesuita nos representa ese carácter especial de virtud propio de nuestros tiempos, que parece distinguirse en algo de la de nuestros mayores, como se distinguen los enemigos con quienes hay que luchar. Siempre ha sido y será vida de trabajo y de persecución; pero hoy es preciso trabajar en campos, aunque no estériles de por sí, sembrados por el hombre enemigo de tanta abundancia de cizaña, que ahoga casi por completo la buena semilla; y las persecuciones no vienen ya de herejes ó gentiles, sino de cristianos hipócritas, que aparentando sumisión á la Iglesia y buenas relaciones con el Soberano Pontífice, le hacen guerra á muerte. Trabajar sin esperanza y ser por ello vejados y perseguidos, hé aquí el patrimonio del Jesuita del siglo XIX en Europa y más aún en la América española.

Nació el P. Tellez en San Pedro de Latarce, pequeña población de la Provincia de Valladolid, diócesis de Zamora, el día 18 de Marzo de 1806. Educado desde sus más tiernos años con suma sencillez é inocencia, quiso dejar el mundo antes de comenzar á gustar de sus falsos y peligrosos placeres, y así aun antes de cumplir 14 años, dejando la casa paterna, se

13.—Elogio del P. Tellez.

1844 dirigió á Villagarcía, donde muy poco antes había renacido el Noviciado de la Compañía en España y comenzaba de nuevo á ser un plantel de Apóstoles y sábios. El P. José Gallardo, uno de los varones más notables de los que aún quedaban de la antigua Compañía, se ocupaba en formar aquellos jóvenes conforme al espíritu y tradiciones de nuestros antepasados, y él fué quien recibió al niño Tellez el 16 de Agosto de 1819. (*) Este, con el candor y sencillez propias de su edad y al mismo tiempo con la madurez que le caracterizaba, recibía las lecciones de su anciano maestro, que le amaba como al Benjamín de la casa. Mas apenas había gozado un año de aquella vida angelical, cuando tuvo que comenzar á poner en práctica la ciencia del sufrimiento que aprendía. El decreto de las cortes de 1820 dispersó á todas las Comunidades Religiosas, y los Superiores de Villagarcía tuvieron el dolor de ver volver al mundo aquellos jóvenes en quienes veían el porvenir de la Compañía. El H. Tellez se distinguió por la firmeza y fervor que supo conservar primero en casa de sus padres y luego en Valladolid á cuya Universidad se trasladó para estudiar la Filosofía y Matemáticas: pendiente siempre de la dirección de su Maestro el P. Gallardo, practicaba todos los ejercicios propios de un estudiante de la Compañía, con la mayor regularidad.

(*) El P. José Gallardo, natural de Támara, en la Provincia de Palencia, nació el 5 de Abril de 1743. Entró muy joven en la Compañía y siendo aún estudiante, tuvo que partir al destierro como todos los Jesuitas españoles y trasladarse á Italia, donde concluidos los estudios se ordenó de sacerdote. Fué mucho lo que padeció en defensa de la extinguida Compañía, hasta que restablecida volvió á España, y habiendo hecho su profesión solemne el 15 de Agosto de 1815 fué nombrado Rector y Maestro de Novicios de Villagarcía, y acabó en santa vejez sus días en Madrid á 26 de Octubre de 1827. Unido con estrecha familiaridad al P. Luengo le ayudó mucho en la formación de su célebre diario, y dejó varios otros escritos inéditos aún, todos sobre asuntos relativos á la Compañía.

Pasada aquella tempestad al cabo de tres años, se trasladó al Colegio imperial de Madrid juntamente con su Maestro y, concluido el noviciado, hizo los primeros votos hácia fines del año de 1823. Dos años gastó en completar la Filosofía y Matemáticas y otros tres en la enseñanza de esta ciencia, desempeñando al mismo tiempo el cargo de Inspector en el Internado, y aun comenzando el estudio de la Teología, en lo cual se ocupaba cuando los Superiores le enviaron á enseñar la Filosofía en el Colegio Máximo de Alcalá. Captóse aquí el respeto y amor tanto de los domésticos como de los externos que admiraban en el joven profesor las dotes del ingenio hermosas y realzadas con los arreos de las virtudes religiosas. Habiendo vuelto á Madrid y terminados los estudios de Teología, recibió las sagradas órdenes el 2 de Abril de 1831. Era un modelo de observancia regular el P. Tellez, y se hacía notar por su fervor en medio de una comunidad tan numerosa, por lo cual nadie extrañó, que apenas dado el examen con que suele ponerse fin á los estudios en la Compañía, fuese nombrado Ministro del Colegio imperial, donde entonces residían cerca de 150 sujetos, á los cuales atendía con exquisita caridad y prodigiosa exactitud, pues, como dice el escritor de su elogio, «estaba dotado de gran presteza para disponer, de facilidad para la ejecución, prudencia para corregir, y siempre atento á las insinuaciones de los Superiores, como instrumento suyo, en fin, un ministro según el ideal del Instituto».

Los dos primeros años aunque de tantas y tan varias ocupaciones, que no pocas veces le obligaban á privarse de todo recreo y aun á hurtar las horas al sueño para atender debidamente á ellas, no fueron más que una preparación pacífica para los años de lucha que pronto sobrevinieron. Fué sin duda la más horrible la del 17 de Julio del 34, cuando improvisamente

1844 vé el Colegio asediado y acometido por hordas de bárbaros: el activo Ministro hace cerrar las puertas, acude á tocar las campanas para pedir auxilio; mas todo inútilmente, porque aquellos mismos que debieran darlo, convertidos en cuadrillas de hunnos, escalan las tribunas de la Iglesia y penetran en la casa, la recorren, destrozan, hieren, matan como salvajes destituidos hasta del más leve rastro de humanidad. De todos aquellos religiosos inermes, unos huyen disfrazados, se ocultan otros y gran parte se recoge con el P. Provincial en la Capilla doméstica. Aquí hallamos al P. Tellez al lado de su Rector, pronto á cumplir sus órdenes aun con peligro de la vida. Luego se ofrece la ocasión: aquellos foragidos que sin respeto al Smo. Sacramento que estaba expuesto habían penetrado en la Capilla, exigen cuerdas y lazos para conducir á todos á la cárcel pública, ó más bien para entregarlos maniatados á merced del populacho sediento de sangre. Acude en busca de ellos el P. Ministro acompañado del H. Vicente Gogorza: este cae atravesado de un bayonetazo al salir de la capilla, y el P. Ministro recibe también una herida aunque leve en un brazo. Sabido es el rasgo providencial de que el Señor se valió para librar de la muerte á los 50 religiosos allí recogidos y á los demás que estaban ocultos. Después de cuatro horas de mortal agonía, el Colegio quedó despejado de los bandidos que lo habían invadido: entonces el P. Tellez, acompañado de algunos HH. y soldados amigos comenzó á recorrer la casa: daba oportuno auxilio á los heridos, buscaba á los que se habían ocultado, proporcionaba algún refrigerio á los sanos y por fin iba recogiendo los cadáveres y reconociéndolos más por los vestidos ú otras señales que por su natural aspecto: tan desfigurados se hallaban. Ya se necesitaba un hombre como el P. Tellez para soportar las dolorosas fatigas de aquella noche; y no tanto por el trabajo

corporal, como por la angustia, el temor y el dolor que le hacían derramar lágrimas. 1844

Calmada un tanto esta horrible tempestad, sin serenarse del todo el cielo, antes siempre amenazante, pasó un año entero entre dudas y zozobras, y con fundados temores de ver repetirse las horrendas escenas del 17 de Julio, hasta que el decreto de expulsión vino á poner término á esa situación azarosa, y no sé si decir, á mejorar la suerte de los Jesuitas españoles. Nuestro P. Tellez, fiel hasta el último momento al cumplimiento de los deberes de su cargo de Ministro, salió casi el último de aquel colegio que tan amargos recuerdos le ofrecía. Mientras fué posible permaneció en Madrid ejerciendo los ministerios de la Compañía, mas levantándose una nueva persecución contra los que quedaban dispersos, hubo de vivir oculto algunos días para no ser prendido y encarcelado, hasta que logró retirarse á su pueblo natal, pensando poder llevar una vida tranquila en una población lejana y sin importancia. Tampoco aquí le dejó Dios sin padecimientos: acometióle una aguda enfermedad que le puso al borde del sepulcro, pero salvóle Dios de ella reservándole para mayores trabajos. Ardía por aquel tiempo la primera guerra carlista: dominaba en casi todas las Provincias Vascongadas el Rey Carlos V y la Iglesia respiraba libremente al abrigo de su protección.

Moraban tranquilamente en Loyola muchos PP. y HH. que se habían ido recogiendo en el solar paterno huyendo de la persecución liberal, y noticioso el P. Tellez de que aún existía una Casa de la Compañía en España, voló allá, sin que le arredraran los peligros de un camino trágico sólo por enemigos, ni las fatigas que había de causarle el haber de andar tan larga distancia por senderos extraviados. Allí de nuevo le nombraron Ministro, y habiendo hecho en ese tiempo la tercera probación, el 2 de Febrero de 1840 hizo la Profesión de cuatro votos. Tres años que podíamos

1844 llamar de treguas fueron estos en la vida del Padre Tellez. Al cuarto el convenio de Vergara con que terminó la guerra carlista, frustró todas las esperanzas, y aunque apoyados en una real orden que permitía á los religiosos de las Provincias Vascongadas permanecer tranquilos como antes de la guerra, sin embargo, los Superiores ya experimentados de la política liberal, trasladaron el Noviciado á Francia, y con los Novicios otros muchos, contándose entre ellos el mismo Superior P. Manuel Gil, de manera que el único castellano que permaneció en Loyola fué el P. Tellez, nombrado Superior. Abrió el curso el 1.º de Octubre, y el Colegio comenzó á prosperar, debido en parte á la prudencia y afabilidad con que el Rector sabía conciliarse el afecto de los alumnos y de sus padres, y parte á la paz aparente que entonces se disfrutaba: y digo aparente, porque ya el gobierno liberal, intolerante siempre para todo lo bueno, estaba tramando ocultamente lo que sucedió poco más tarde. Preparado el terreno durante un año, las cortes anulaban la sobredicha real orden y emitieron el decreto de 21 de Diciembre de 1841, en cuya virtud se disolvió aquella comunidad, únicos restos que quedaban en España de la perseguida orden de San Ignacio. El P. Tellez que había estado viendo venir el golpe, lo tenía todo dispuesto: parte de sus súbditos colocó en casas amigas, hasta nueva disposición, y parte los envió á Francia, á donde él mismo pasó, por la obligación de asistir á la Congregación Provincial celebrada en Nibeles el año de 42.

En esta casa, donde la Provincia dispersa de España conservaba los restos de su juventud, permaneció el P. Tellez tres años, primero como Ministro y luego de Superior de ella, oficio que desempeñaba dando ejemplos singulares de observancia regular y de solicitud paternal para atender á las necesidades de sus súbditos: pero donde brillaba más su caridad era con

los débiles y enfermizos; con ellos se portaba con amor de madre, reputando como felicidad de la casa el que hubiera enfermos con quienes ejercitar este ramo de la caridad que él llamaba por antonomasia, Ignaciana. Llegó en esta sazón la orden que le destinaba Ministro de la Misión de la Nueva Granada, y ya hemos visto cuánta actividad desplegó en los preparativos de tan largo viaje, y cuánto tuvo que trabajar y sufrir hasta su muerte digna de un Apostol de Jesucristo. Murió á los 38 años de edad y 24 de religión, llorado por sus compañeros de Misión y por todos los que en España y Francia habían gustado las dulzuras de su caridad, y admirado los finísimos quilates de sus virtudes religiosas.

14)—Restablecidos los seis enfermos restantes y tributados los honores de la sepultura al P. Tellez, salieron los viajeros de Honda á reunirse con los compañeros que les aguardaban en una pequeña población llamada Guaduas. Allí habían caído enfermos los que Dios había conservado sanos durante los últimos días de navegación para auxilio de los que sufrían. El trayecto que habían de recorrer hasta la capital es una subida más ó menos lenta por la cordillera de los Andes, por camino de herradura, el cual se hace en tres, cuatro, seis jornadas según la resistencia del viajero y la costumbre que tenga de cabalgar. Para los europeos, acostumbrados al camino de hierro y á sus anchas carreteras, es muy penoso este viaje, sin que baste á distraerle ni la variedad y hermosura de los paisajes, ni la lozanía de la vegetación tropical, ni otros mil objetos nuevos que á cada paso se presentan á su vista; por lo demás no ofrece peligro alguno. Hacia el diez y seis de Junio llegaron los misioneros á Funza, pequeña población muy cercana á la capital, donde los amigos de la Compañía les preparaban pomposo recibimiento; mas atendido el estado en que se encontraban después de tan largo

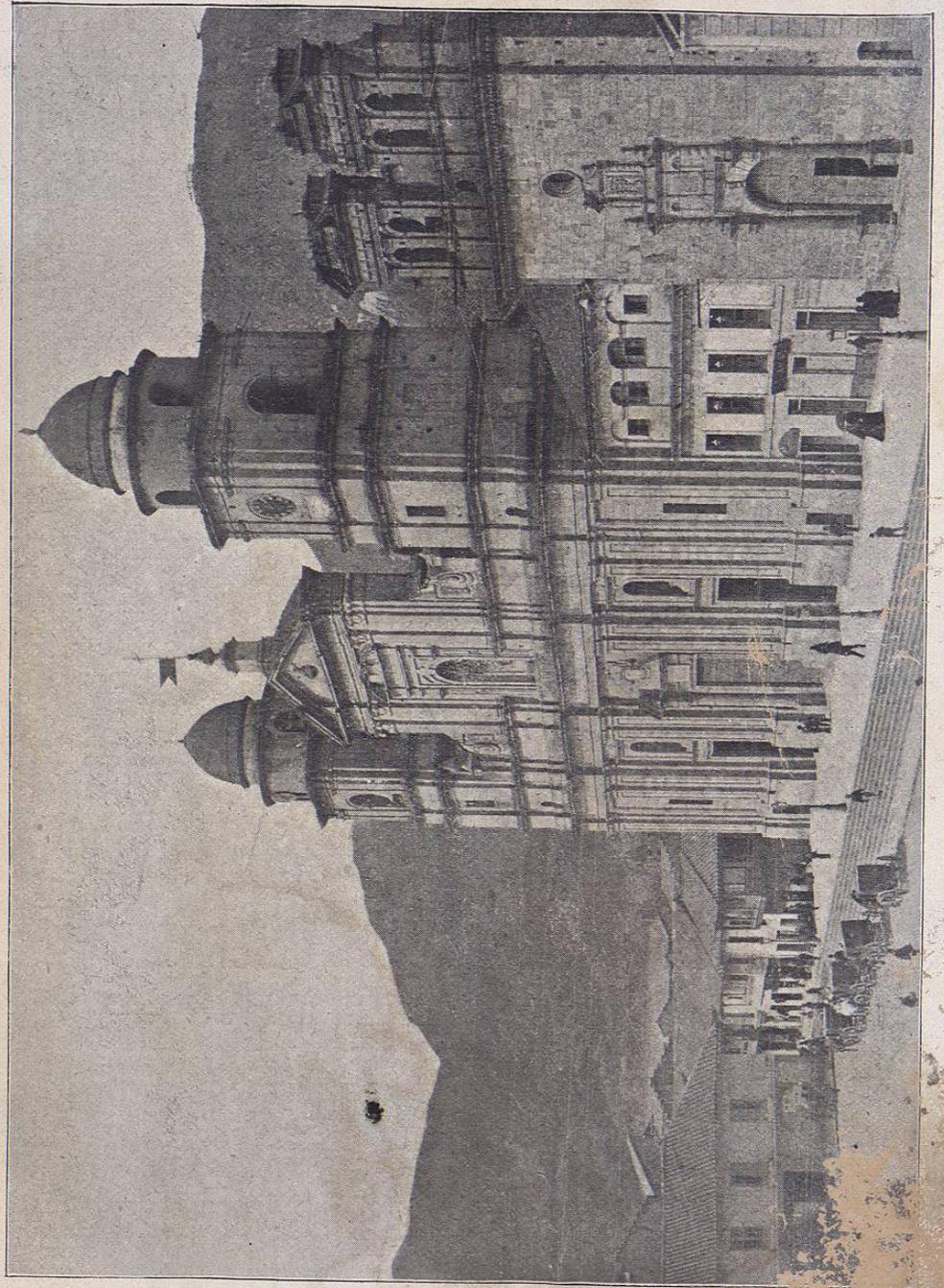
1844

14.—Con-
clusión
del
viaje.

1844 y penoso viaje, resolvieron entrar de noche. Esta precaución, sin embargo, no impidió que gran número de caballeros saliesen á su encuentro á una distancia considerable. Al entrar en la ciudad, los acordes de la música y el alegre estallido de los cohetes reunió en torno de los modestos Jesuitas muchedumbre innumerable de toda clase de personas que los condujeron en triunfo á la Tercera Orden de San Francisco, casa que les había destinado el Ilmo. Sr. Arzobispo, y donde él en persona les aguardaba.

15.—Bo-
gotá.

15)—Santa Fe de Bogotá, Capital de la República de Colombia, es una hermosa ciudad situada en la extremidad de la gran sabana, á la falda de un elevado monte llamado Monserrat. Su altura de 3.185 varas sobre el nivel del mar le proporciona una temperatura sana y agradable, y el carácter de sus habitantes franco, jovial y muy religioso se presta para poder trabajar con fruto no menos en el cultivo de las inteligencias que el del corazón. Como en todas las ciudades fundadas en América por los antiguos españoles, los templos abundan y se distinguen por su riqueza y hermosura, pero los más notables son la Catedral y la Iglesia de la Compañía. En la época á que nos referimos la revolución no habían aún dado la última mano á su obra impía de destrucción; todavía los religiosos de ambos sexos habitaban sus claustros y sostenían el culto, todavía la hermosa Iglesia de Santo Domingo no había sido convertida en salón para las reuniones del congreso, ni los conventos en cuarteles, como poco más tarde se verificó á imitación de algunas naciones europeas. Con todo, el espíritu de las libertades modernas se había apoderado en mayor ó menor grado de todos los prohombres de la República, las guerras civiles que se habían sucedido unas tras otras después de la independencia tenían desmoralizado el país, y el Gobierno establecido después de la última guerra, aunque no tan avanzado en ideas,



LA CATEDRAL DE BOGOTÁ.